

MENTIROCRACIA: LOS ESTADOS GENERALES DE LA DESILUCIÓN

"*Fake*" es un término inglés que se traduciría como falso o falsificación, pero su migración al mundo del arte y del activismo político le ha hecho rebasar su perímetro semántico original adquiriendo matices particulares que han terminado conformando un género autónomo. El *fake* se ajusta al sentido de la alocución de "dar gato por liebre", hacer pasar como verdadero algo ilusorio, pero su misión esencial no es el engaño o el fraude sino provocar una desilusión crítica, es decir, un acto de trasgresión que opone al poder de una autoridad informativa la fuerza de la sospecha racional. Si la información es poder, el *fake* aspira a generar un contrapoder.

Me gustaría ilustrarlo con un ejemplo. El año 2004 el suplemento cultural del diario barcelonés *La Vanguardia* me invitó a concebir un proyecto artístico específico y decidí que, tratándose de un medio informativo, lo más adecuado sería infiltrar una propuesta que justamente cuestionara la función de la fotografía periodística. Así nació *Deconstructing Osama*¹, una narración ficticia –un *storytelling*– alrededor de una agencia de noticias árabe (inventada) que se denominaba Al Zur ("la luz"). Esta agencia fotográfica, establecida en Qatar, era respetada por el tratamiento independiente y riguroso de los conflictos en Oriente Medio. El hilo de la ficción continuaba relatando que dos de sus reporteros, Mohammed Ben Kalish Ezab y Omar Ben Salaad [nombres extraídos de la historieta de "Tintin en el País del Oro Negro"], habrían logrado uno de los reportajes más increíbles del periodismo de investigación. Ben Kalish y Ben Salaad habían estado siguiendo los pasos en los últimos años del Dr. Fasqiya-Ul Junat, uno de los dirigentes del operativo militar de Al Qaeda. Los dos fotoperiodistas cubrieron durante meses las turbias actividades de este escurridizo personaje que llevaba de cabeza a los servicios de inteligencia de numerosos países. La bomba informativa estalló cuando descubrieron que su verdadero nombre era Manbaa Mokfhi y que en realidad se trataba de un actor y cantante que había trabajado en telenovelas en la órbita del mundo árabe. Constaba que había protagonizado la comedia romántica *La sonrisa de Sherezade* (1971) y que puso el rostro a la campaña publicitaria de Mecca Cola en Argelia y en el Marruecos. Desenmascarado, Manbaa Mokfhi reconoció haber sido contratado para interpretar el papel de terrorista-villano durante las operaciones orquestadas en Afganistán e Iraq. No se llegó a aclarar si se trataba de un montaje preparado por los medios de comunicación o por alguna agencia de inteligencia.

Convenientemente caracterizado y a menudo con un tono de caricatura esperpéntica, yo mismo encarnaba al personaje de Manbaa Mokfhi [que fonéticamente en árabe se traduciría como "fuente cubierta" en resonancia humorística con mi nombre], del mismo modo que en otras ocasiones me había transformado en un cosmonauta soviético o en un monje ortodoxo. Algunos fotoperiodistas conocidos me habían facilitado fotos suyas descartadas, provenientes de reportajes auténticamente realizados en Oriente Medio, y que a mí me servían de fondos en los que, por medio del *photoshop*, me incrustaba actuando de combatiente *yihadista*. Los fotomontajes resultantes, de marcado estilo fotoperiodístico e insertados justamente en un contexto de prensa impresa, acababan funcionando de modo muy convincente. Mediante su circulación por internet, algunas de estas imágenes se integraron a archivos y

¹ Tuve ocasión de desarrollar técnicamente este proyecto en un periodo como profesor invitado en Le Fresnoy. Centre National des Arts Contemporains en Turcoing.

repositorios iconográficos sobre Bin Laden contaminándolos y provocando con frecuencia una confusión ente el original y su copia alterada². Con ello se evidenciaba la fragilidad de todo documento como dispositivo para apuntalar certezas y la necesidad de revisar los criterios de verificación de cualquier relato. De hecho, ésta es la misión del *fake* como estrategia contra-informativa –lo que el teórico Jorge Luis Marzo denomina genéricamente “veroficción”.

El primer requisito para garantizar la eficacia del *fake* consiste en elegir un hilo argumental verosímil que confirme ciertos estados generalizados de opinión y pueda activar los prejuicios del público. El caso de Bin Laden cumplía con creces estas condiciones. Prácticamente desconocido antes de los atentados del 11 de Septiembre, su imagen se popularizó mediante una frenética operación mediática que lo erigió en la representación del Mal, la cabeza visible del Terror Universal y la cabeza de turco a quien se atribuiría toda la responsabilidad de los miedos de Occidente. Con la caída del comunismo había que inventar una amenaza alternativa, y le tocó al Islam. Conviene no olvidar, por otra parte, que la primera construcción de Bin Laden ya había corrido a cuentas de la CIA y el Pentágono para combatir a los soviéticos en Afganistán. Así que más tarde, no sería descabellado reciclarlo como una imagen identificable, una “marca”, el rostro del enemigo según los preceptos de psicología de masas. Entonces las fábricas del espectáculo diseñaron la figura de un Bin Laden, el malo de la película, según las reglas del *star system* negativo. Para mantener la tensión durante el metraje de los acontecimientos tendría que jugar al gato y al ratón con el bueno de la película, el Tío Sam, a quien tendría derecho de infligir de vez en cuando algún golpe pero al final habría de sucumbir para cerrar el guion con el necesario final feliz. Más que un verdadero individuo de carne y hueso, Bin Laden era una creación hollywoodiana, un dibujo animado horneado en la factoría de Pixar. Pero al cabo de un tiempo se agotó la novedad y el interés del público mitigaba: Bin Laden perdía su rentabilidad como producto de entretenimiento informativo y pasaba a ser un estorbo que había que sacar de escena para dar el relevo a fantoches de repuesto.

Esta transposición entre el mundo del teatro y el mundo “real” de los acontecimientos de actualidad ¿no podría trascender la simple metáfora para explicar la orquestación de una trama verdadera? Sugerir que Bin Laden y otros dirigentes de Al Qaeda, como mi Dr. Fasqiya-Ul Junat, podían ser figurantes contratados por las agencias responsables de la política virtual entraba dentro de una lógica más plausible que descabellada. Se

² Como en un campo de minas, el *fake* queda así agazapado, a la espera de reacciones que puedan tener lugar. A veces por distracción o por prisas mis fotomontajes se han colado a menudo como verdaderos documentos gráficos. Por ejemplo, el periódico El País publicó un artículo titulado “Emiratos árabes Unidos pide matar a los detenidos en Afganistán” (13/02/2011) ilustrado con una composición en la que yo aparezo haciendo de escolta a Bin Laden. Cuando los lectores denunciaron la “confusión”, en vez de sustituir la imagen, los editores se limitaron a corregir el pie de foto explicitando que se trataba de un montaje. El pie de foto quedó casi igual a mi redacción ficticia original: “Montaje de Bin Laden con su lugarteniente en una zona fronteriza”. Es ciertamente inusual ilustrar contenidos periodísticos con una fotografía manipulada y además reconocerlo.

https://elpais.com/internacional/2011/02/13/actualidad/1297551615_850215.html

habría pactado su aparición de vez en cuando en las noticias profiriendo gritos y amenazas, e infundir así un poco de miedo saludable que permitiría justificar medidas de seguridad (es decir, de control y de represión) así como inversiones en defensa (es decir, la economía armamentista). Era el momento de vender el falso debate entre libertad y seguridad. Para muchos, el terrorismo global no es más que un requisito estructural del postcapitalismo.

Llegó el momento, pues, en que, amortizada la figura de Bin Laden, había que sacarlo de escena, aunque su despedida podía aprovecharse en una gran traca final. Para ese golpe de efecto los cerebros de la propaganda del gabinete de Barack Obama diseñaron la Operación Lanza de Neptuno, consistente en orquestar una espectacular caza del enemigo público número uno –una empresa de la que George W. Bush no pudo alardear. De esta operación, durante mucho tiempo, prácticamente sólo trascendió una imagen: la realizada por Pete Souza, el fotógrafo oficial de la Casa Blanca, el 1 de mayo de 2011. La instantánea muestra al presidente Obama con su equipo de seguridad nacional en la llamada *Situation Room* de la Casa Blanca mientras todos observan, con un rictus de gravedad, la retransmisión en directo de las acciones de un comando de los Navy Seal, a punto de culminar su misión de ejecutar/asesinar al líder de Al Qaeda³. Como era de esperar, dada la trascendencia de la noticia que ilustraba, la instantánea recibió una enorme atención.

De entrada sorprende que de un hecho tan trascendente y en plena era de la imagen solamente sobreviva una sola fotografía. Una fotografía cuidadosamente seleccionada, eso sí, que tiene por objeto condensar la asociación de unos acontecimientos con una determinada representación visual. Se trata de una imagen-tapón porque también desempeña la función de “taponar” el desbordamiento de posibles imágenes alternativas que habrían desviado o contradicho el mensaje a transmitir. Es cierto que podía simplemente no haberse suministrado imagen alguna, pero huérfana de constancia gráfica la épica del relato se hubiera diluido en la conciencia del público⁴. Sin imagen sólo queda el tránsito vergonzoso de una infrarrealidad que hasta hace poco

³ El discurso de Obama para anunciar el desenlace de la captura Osama tenía miga. Su alocución televisiva terminaba alocución finalizaba con este arrebatado teocrático: “Ésta es la historia de nuestra historia. Tanto si se trata de perseguir la prosperidad para nuestro pueblo como de la lucha por la calidad de vida de nuestros conciudadanos, nos comprometemos a defender nuestros valores y sacrificios en el extranjero con el fin de hacer del mundo un lugar más seguro. No debemos olvidar que estamos capacitados para hacer estas cosas, no por riqueza o poder, sino por ser quienes somos: una nación bajo la tutela visible de Dios, con libertad y justicia para todos.”
“That’s the story of our history. Whether it’s the pursuit of prosperity for our people or the struggle for quality for our citizens, our commitment to stand up for our values abroad and our sacrifices to make the world a safer place. Let us remember we can do these things not because of wealth or power, but because of who we are: one nation under God in the visible with liberty and justice for all.”

<http://www.whitehouse.gov/blog/2011/05/02/osama-bin-laden-dead>

⁴ La mitificación no se haría esperar: pocos meses después se estrenaba la película *Cero Dark Thirty* de la oscarizada Kathryn Bigelow.

denominábamos vida. Más que de censura, asistimos a una maniobra de control, la de la imagen, que aspira a traducirse en la evidencia de otro control, el de la realidad. Controlar la imagen equivale a controlar la situación. Porque lo que la fotografía de Pete Souza nos está diciendo, con voz autoritaria en timbre de Gran Hermano, es que “el pueblo norteamericano puede dormir tranquilo, porque todo está bajo control”. En definitiva, se trata de una puesta en escena que tiene como objetivo infundir una sensación de confianza a los ciudadanos por parte de las más altas instancias de sus servidores públicos (políticos, funcionarios, militares). Unos servidores que en base a una abstracta idea del bien común deciden lo que se puede y lo que no se puede ver.

Un éxtasis de justicia poética ha terminado jalonando el proyecto *Deconstructing Osama*. Con el tiempo se han filtrado numerosos detalles de esa operación Lanza de Neptuno tan supuestamente audaz. Para el veterano periodista Seymour Hersh, premio Pulitzer y aclamado por haber destapado la matanza de My Lai perpetrada por militares estadounidenses durante la Guerra de Vietnam, la operación para capturar a Bin Laden fue en realidad un gran montaje. En otras palabras: vino a confirmar el *fake*. Al parecer, el líder terrorista, gravemente enfermo, se encontraba ya en manos de los servicios secretos de Pakistán, que lo retenían en una mansión en Abbottabad, sin protección y aislado del resto del mundo. Contradiciendo las versiones oficiales recogidas por la prensa, Hersh sostiene que ni la CIA ni los servicios de seguridad de Estados Unidos tuvieron un papel relevante a la hora de descubrir el escondrijo de Bin Laden. No hubo ninguna confesión de ningún prisionero que fuera obtenida por medio de torturas que ayudara a encontrar al correo del fundador del Al Qaeda (argumento que se había esgrimido para defender la validez de la tortura en los interrogatorios). Simplemente, un agente paquistaní reveló el lugar de reclusión a cambio de dinero. No se produjo ningún tiroteo en la casa que refugiaba Bin Laden; el comando no encontró resistencia y la operación se vio exenta de cualquier hazaña heroica. Para rematar, el cadáver del terrorista nunca fue lanzado al Océano Índico desde el portaaviones Carl Vinson como un acto simbólico destinado a no dejar rastro *reliquizable* de un ser tan diabólico, sino que la ráfaga que mató a Bin Laden redujo su cuerpo a pedazos que sólo hubiesen sido apreciados en una producción de género *gore*. El hilo de los acontecimientos resultó a la postre mucho menos vistoso que el relato oficial, cuyo punto de partida se situaba justamente en aquella imagen de la *Situation Room*, la plasmación de un trasunto actualizado del Gran Hermano buscando nuestra adhesión ciega.

Pero solo creen ciegamente aquéllos que abandonan sus responsabilidades en manos de otros; todos somos libres de no creer, o de creer a medias. No hay que encontrar la verdad, hay que hacerla, como hacemos la historia y como nos construimos en comunidad mediante las imágenes y las palabras. El filósofo Alain [pseudónimo de Émile-Auguste Chartier] nos decía: "La duda es la sal del espíritu", y Frédéric Lambert añade que la verdad sólo puede nacer de la duda, que pertenece a un devenir colectivo. El *fake* aparece pues como una máquina de transgresión, un artificio que nos confronta con la confusión de géneros, con la infiltración de la información y con los sistemas de veridicción. Es un Caballo de Troya que introduciendo el cuestionamiento y la desilusión derriba las murallas de la mentirocracia.

Joan Fontcuberta
Mayo 2018

